



## CAPÍTULO 1

**E**L BARRIO DE LAS FLORES DE YANCHENG, al norte de la avenida Nanping, parecía un retrato del infierno. Una carretera ancha y recta con carriles en ambas direcciones dividía el barrio en dos: el distrito este, uno de los centros de negocios más vibrantes de la ciudad, y el distrito oeste, donde se ubicaba el abandonado casco antiguo, que era donde residían las clases más bajas.

En los últimos años los precios de la vivienda en el distrito este no habían parado de subir. El casco antiguo, que precisaba con urgencia una remodelación, se había visto beneficiado por ello. Los precios de demolición habían aumentado y eso había ahuyentado a los promotores. Las callejuelas del casco antiguo, estrechas y hechas polvo, también habían servido para mantener a los especuladores a raya. Aun así, los vecinos que habitaban en las ruinosas viviendas fantaseaban con hacerse ricos de la noche a la mañana gracias a sus destartaladas casas de diez metros cuadrados. «Cuando demuelan mi casa, valdrá millones», pensaban con orgullo.

Pero, de momento, estos pobres millonarios seguían haciendo cola cada mañana para vaciar su orinal.

Todavía se notaba el fresquito de las tempranas noches de verano; el calor acumulado durante el día desaparecía rápidamente. Los puestos sin licencia de barbacoa del distrito oeste iban cerrando, y los vecinos que disfrutaban del fresco también regresaban a sus casas. Una vieja farola titilaba porque un grupo de vecinos se había conectado ilegalmente a la luz.

Mientras, en el otro distrito, la noche comenzaba.

En una cafetería del distrito este, la camarera estaba acabando de atender la última mesa. Justo cuando pensaba que ya podía dar por finalizada su jornada, sonó el timbre.

—Bienvenido —dijo saludando con una sonrisa amable.

—Un *latte* descafeinado de vainilla, por favor.

El cliente era un joven de pelo largo que casi le alcanzaba a los hombros. Llevaba un traje formal y bien planchado y unas gafas de montura metálica que descansaban sobre el prominente puente de su nariz. El pelo le colgaba a la altura de la barbilla, tapándole la mitad de la cara. Bajo la luz, parecía como si su nariz y labios estuviesen ligeramente teñidos de un blanco pálido.

Era muy guapo y la camarera no conseguía apartar su mirada de él.

—¿Lo quiere sin azúcar?

—No, echa más sirope.

El joven alzó la vista para pagarle y sus miradas se cruzaron.

Él le sonrió educadamente y las comisuras de sus ojos, escondidas tras las gafas, se curvaron sutilmente. Su sonrisa amable y

misteriosa disolvió la tensión del momento. La camarera se dio cuenta en ese momento de que, aunque resultaba muy atractivo, no lo era de una manera convencional. Su mirada era muy seductora, y notó que se estaba poniendo roja. Apartó la mirada a toda prisa y agachó la cabeza para entregarle el café.

En ese mismo instante, entró el repartidor. La camarera lo llamó con la excusa de que fuese a comprobar que había ejecutado correctamente el pedido.

El chico era un joven de unos veinte años. Estaba lleno de vitalidad e irrumpió en la tienda con ese resplandor propio de juventud. Tenía la piel oscura y los dientes blancos.

—Hola, guapa. Hoy no hace muy buen tiempo, pero, aun así, ha habido clientela, ¿no? —saludó rebosante de energía.

La camarera cobraba un salario mensual y no le importaba demasiado si el negocio iba bien o mal. Encogiéndose de hombros, respondió:

—Sí, no ha ido mal. Venga, acaba de trabajar y después te sirvo un vaso de agua bien fría.

—Vale —respondió satisfecho mientras trataba de quitarse el sudor de la frente con la mano. Justo en el centro, tenía una pequeña cicatriz con forma de medialuna.

Mientras la camarera preparaba el café del cliente, el repartidor terminó de rellenar la factura y abonó el pedido. Se levantó y se apoyó en el mostrador esperando su vaso de agua.

—Oye, ¿sabes dónde está la mansión Chengguang?

—¿La mansión Chengguang? —Le sonaba de algo, pero no conseguía ubicarla. Negó con la cabeza—. Creo que no, ¿por?

—Por nada. —El chico bajó la cabeza y extendió la mano para rascarse la parte posterior de esta—. Al parecer, tengo que entregar un paquete allí.

La camarera, un poco despistada, no se dio cuenta del gesto nervioso del joven.

—Preguntaré por ahí —respondió mientras le ponía la tapa al café—. Tome, señor, su *latte*. Cuidado, que quema.

El cliente, que parecía aburrido, miró al chico y le dijo sin ganas:

—La mansión Chengguang no está en el distrito comercial, es un club privado que se encuentra justo detrás. No sé para qué necesitan que vaya un repartidor... ¿Quieres que te indique cómo llegar?

Hubo algo que a la camarera no le sonó bien y miró al joven con desconfianza.

—¿Un club privado?

Al ser consciente de que lo habían pillado, el chico hizo una mueca y salió deprisa con su agua y su comprobante de entrega.



Detrás de la resplandeciente área de negocios del distrito este, se encontraba un amplio espacio de césped artificial. Caminando un kilómetro en esa dirección, se veían las exclusivas áreas residenciales de alta categoría. Habían construido las casas aquí porque el concepto «aislado» no era vendible, pero «tranquilidad en mitad del caos», sí.

Las tiendas y espacios de ocio de lujo, cada uno con un estilo único, estaban situados alrededor del paisaje, formando varios anillos.

Tomando como referencia el nivel de exquisitez, los más caros estaban en el centro y los más baratos se encontraban hacia la periferia.

La mansión Chengguang, el establecimiento más caro, prestigioso y elegante, se ubicaba justo en el núcleo.

El propietario no solo era rico, también poseía un gusto refinado por el arte y la cultura. El pequeño patio había sido restaurado con un estilo muy tradicional. A primera vista parecía un bien de patrimonio cultural. Hacía poco que había acabado su remodelación y el dueño había invitado a un grupo de amigos de clase alta para presumir de la reforma. Algunos habían ido a socializar, otros a hablar de negocios y otros, simplemente, a divertirse. El *parking* estaba lleno de distintas marcas de coches de lujo, ofreciendo una llamativa exhibición de frivolidad y riqueza.

Cuando Fei Du llegó, ya se había bebido su café. A lo lejos se escuchaba la música y a la gente que estaba en el patio. Mientras tiraba el vaso vacío a la basura, escuchó a alguien cercano gritarle:

—Señor Fei, ¿nos honra con su presencia?

Se giró y vio un grupo de personas a pocos metros. Todos eran hijos de ricos, también conocidos como ricos de segunda generación. El cabecilla era un joven que sabía llevar con estilo cualquier prenda de ropa, y también era uno de sus mejores amigos: Zhang Donglai.

Caminó hacia él.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Qué dices? —le contestó cogiéndolo del hombro—. Te he visto llegar con el coche. Llevo esperándote un buen rato. ¿Dónde te habías metido? ¿Por qué vas tan arreglado? ¿Es que vienes de firmar un acuerdo con el presidente de Estados Unidos?

—Vete a la mierda —le dijo Fei Du inexpressivo.

Su amigo no dijo nada durante un instante, pero al final no pudo reprimirse:

—Parece mentira que tenga que hacer de padre contigo. Con esas pintas... ¿cómo vas a ligar?

Fei Du alargó un dedo para quitarse las gafas y las colgó en el cuello de Zhang Donglai. Luego se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y se desabrochó cuatro botones seguidos, mostrando un tatuaje grande en el pecho. Se alborotó un poco el pelo y, cogiéndole la mano a su amigo, le quitó tres anillos grandes, del tamaño de un dedal. Se los puso.

—¿Así mejor, papá?

La impresionante transformación dejó boquiabierto a Zhang Donglai, que era un experto en moda.

Fei Du era el líder de este grupo de hijos pródigos de familias adineradas. Excepto él, los demás todavía estaban bajo el yugo de sus padres y se los consideraba «príncipes herederos». Sin embargo, el «príncipe» Fei se quedó huérfano de madre cuando era un niño y, al alcanzar la mayoría de edad, su padre se quedó en estado vegetativo tras un accidente automovilístico. Por esta razón, ascendió al «trono» antes de lo previsto y eso lo situaba en un nivel superior al del resto de los ricos sucesores. Poseía una gran fortuna y nunca había tenido a nadie que lo vigilara. Se había convertido en el típico heredero adinerado, pero no era un idiota. Afortunadamente, no le gustaba invertir a lo loco y sabía comportarse como correspondía cuando había que hacer negocios. Donde derrochaba era en su estilo de vida desenfrenado. Aun así,

le quedaba mucho dinero para llegar a fundirse toda la fortuna familiar.

Sin embargo, no sabía muy bien por qué, de un tiempo a esta parte no le apetecía ese tipo de excesos. Sentía que necesitaba un cambio.

Se metió las manos en los bolsillos y avanzó un par de pasos.

—Bueno, hoy he venido solo para hacer acto de presencia, a las doce me voy.

—Qué aburrido eres, pareces mi abuelo.

—Últimamente, no me divierto con vosotros —contestó con indiferencia—. Necesito un cambio de aires.

Zhang Donglai observó su camisa y su pelo alborotado por la brisa nocturna. Se dio cuenta de que, aparte de su actitud despreciada, no había nada que evidenciara su estatus. Dio un par de pasos para alcanzarlo.

—¿Tienes miedo de lo que piense tu amigo el policía? Estás obsesionado. Tienes que hacer otras cosas que no sean pasar todo el día juntos...

Fei Du giró la cabeza y lo miró con frialdad. Tenía un carácter muy extremo. Cuando sonreía era tan tierno como una flor saliendo de su capullo, pero, cuando se enfadaba, se convertía en una persona arisca e intimidante.

Zhang Donglai dejó de hablar de golpe, se dio a sí mismo una bofetada en la mejilla y rectificó:

—Bah, pero qué estoy diciendo. Me disculparé en persona con el subinspector Tao en cuanto lo vea.

Las tensas comisuras de la boca de Fei Du se relajaron y movió la mano de forma magnánima, como dejando correr el asunto. Zhang

Donglai puso los ojos en blanco y pensó que a su amigo le debían de haber hecho un amarre y que no había nada que hacer.

El «abuelito» Fei Du cumplió su palabra y a las doce en punto puso rumbo a casa, como Cenicienta. Para encontrar a Zhang Donglai, que estaba en la arboleda, tuvo que abrirse paso entre la multitud de ricachones, esquivando a un idiota con una copa de champán que intentaba hacerle la pelota.

El borracho le gritó a sus espaldas:

—Tu padre está muerto, eres libre y rico. ¡Has llegado a lo más alto, Fei Du!

—Gracias, pero mi padre todavía no ha muerto —le contestó asintiendo cortésmente.

Poco después, por fin, dio con Zhang Donglai en la arboleda.

—¿Qué haces?

Estaba conversando con una chica. Debatían acaloradamente, como si no hubiese nadie alrededor. Daba la impresión de que Zhang Donglai no tuviera modales.

—Fei Du, ¿te unes?

—No —respondió sin detenerse—, no estoy de humor. Me voy.

Tras estas palabras, ignoró lo que le farfulló su amigo a sus espaldas y continuó andando a buen ritmo por el camino de grava sin tambalearse lo más mínimo. No parecía en absoluto que se hubiera pasado la mitad de la noche bebiendo vino.

Cuando llegó al *parking*, ya se había abrochado los botones de la camisa. Después, pidió educadamente al chófer que fuese a recogerlo mientras esperaba apoyado en una acacia japonesa.

Su fragancia podía olerse entre el final de la primavera y el principio del verano. Se extendía sutil por todos los rincones... Los



coches que circulaban encubrían el aroma con el humo de escape, pero, si durante un rato no pasaba ninguno, la fragancia volvía a surgir y se asentaba en el ambiente.

A lo lejos, la música de la mansión Chengguang se mezclaba con las risas y el bullicio. Fei Du miró hacia atrás entrecerrando los ojos y vio a un grupo de chicas jóvenes coqueteando con un grupo de calvos barrigones que para nada estaban en la flor de la vida. A esas horas, incluso en el distrito este de Nanping, la mayoría de los locales estaban cerrados. Tanto los caballeros de verdad como los que habían ido solo para ampliar su red de contactos y repartir tarjetas de visita se habían marchado antes de medianoche. Estaba implícito que los que quedaban tenían la intención de llevar la noche al siguiente nivel de excesos.

Fei Du arrancó algunas flores blancas del árbol, sopló para quitarles la suciedad, se las metió en la boca y las masticó lentamente. Aburrido, abrió su agenda de contactos. Su dedo se dirigió a «Subinspector Tao», pero se dio cuenta de que ya era muy tarde y desistió. Se quedó quieto y, con el dulzor de las flores en la boca, comenzó a silbar en bajito, algo que poco a poco se fue convirtiendo en una melodía.

Diez minutos más tarde, llegó el chófer conduciendo con cautela el feroz deportivo y se dirigieron hacia la avenida Nanping.

Fei Du se recostó en el asiento del copiloto con los ojos cerrados mientras su móvil reproducía una voz masculina que leía un audio-libro: «...Julien respondió: “Tengo enemigos ocultos”».

El chófer era un estudiante universitario, un poco cínico, que pensaba que su jefe era el típico hijo de padres ricos que se pasaba

todo el día bebiendo y de juerga. O un famoso de segunda al que le gustaba la cirugía plástica. Cuando escuchó el audiolibro, no pudo evitar mirarlo sorprendido. De repente, un coche con las luces largas encendidas se cruzó con ellos, cegando al chófer. Lo maldijo en silencio e, instintivamente, dio un volantazo mientras el otro vehículo pasaba a toda velocidad junto a ellos.

El conductor, algo aturdido, no pudo distinguir qué coche era. Lamentó no saber qué insulto era el más apropiado para esta situación: si «ser rico no te hace menos gilipollas» o «los pobres analfabetos no deberían poder conducir». En ese momento, escuchó un golpe y giró la cabeza para descubrir que el móvil que su jefe tenía en la mano se había caído.

El audiolibro continuaba reproduciéndose: «...Un camino no deja de ser hermoso porque haya espinas en los setos que lo flanquean... El viajero sigue tranquilo su marcha, sin mirar ni tocar las espinas...».

Fei Du había caído en un sueño tan profundo que no se había enterado de nada. Era como si el audiolibro lo hubiera hipnotizado.

El chófer retiró la mirada inexpressivamente.

«Bah, no es más que un rico superficial».

El conductor divagaba en silencio mientras continuaba conduciendo en mitad de la noche por la recta avenida Nanping. Un poco más adelante, el coche que acababa de deslumbrarlos apagó sus luces y giró sin hacer ruido hacia la tranquila zona oeste.

Era casi la una de la madrugada, y la farola que había estado titilando toda la noche se había apagado por completo. Un gato callejero que parecía patrullar por la calle se subió a un muro, empezó a maullar y se le erizó el pelaje.

La tenue luz de la luna iluminaba la cara de alguien que yacía en el asfalto. Su cara estaba tan hinchada y llena sangre que era casi imposible apreciar su aspecto original. Solo se distinguía una cicatriz con forma de medialuna en la frente. Sobre esta descansaba un trozo de papel rasgado de forma irregular, lo que le confería un aspecto aún más macabro.

Estaba muerto.

El gato callejero de pelo erizado perdió el equilibrio del susto y se cayó del muro, aterrizando en la escena y huyendo sin mirar atrás.

